

REVISTA NACIONAL



MONTEVIDEO
URUGUAY

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

Ministro Secretario de Estado:

Doctor Don EDUARDO A. PONS

REVISTA NACIONAL

Publicación trimestral encomendada a la Academia N. de Letras por decreto del 7 de diciembre de 1955 del Consejo Nacional de Gobierno

Director Honorario Fundador:

† RAUL MONTERO BUSTAMANTE

Director Honorario:

JOSE PEREIRA RODRIGUEZ

Consejo Consultivo:

DANIEL CASTELLANOS

ARIOSTO D. GONZALEZ

EMILIO ORIBE

Director Honorario de Administración:

JUAN PEDRO CORRADI

ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Presidente:

ARIOSTO D. GONZALEZ

Primer Vicepresidente:

JOSE PEREIRA RODRIGUEZ

Segundo Vicepresidente:

JOSE G. ANTUÑA

Secretario:

ADOLFO BERRO GARCIA

Tesorero:

CARLOS RODRIGUEZ PINTOS

Bibliotecario:

CLEMENTE ESTABLE

Academia N. de Letras: 25 de Mayo, 376

Dirección de la REVISTA NACIONAL: Canelones, 2869

Correspondencia y Canje: Casilla 5029 (Sucursal Nº 1)

Montevideo

Uruguay

Con un abrazo de augurios de felicidad
para ti y los tuyos

Antonio Figari

REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTES — CIENCIAS

Amalberto

Segundo ciclo. Año VI - Montevideo, abril-junio de 1961 - Nº 208. Tomo VI

HOMENAJES AL DOCTOR PEDRO FIGARI EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

La República tributó el homenaje nacional que Pedro Figari merecía. El 28 de junio fueron trasladados al Panteón Nacional los restos mortales del gran pintor. Al día siguiente, en la Sala de Pasos Perdidos del Palacio Legislativo el gobierno y el pueblo ofrecieron un solemne acto que se tradujo en brillante oratoria y en una ejecución de la última parte de la Novena Sinfonía de Beethoven. Por último, en la sala de lectura de la Biblioteca Nacional se inauguró la gran exposición retrospectiva de la obra pictórica de Pedro Figari. De los tres actos publicamos los discursos pronunciados para documentar tan extraordinarias ceremonias.

I. EN EL PANTEON NACIONAL

Discurso del Delegado del Consejo N. de Gobierno

En nombre del Poder Ejecutivo, en este acto solemne hago entrega de los restos gloriosos de Don Pedro Figari al lugar donde yacen los grandes de la patria, o sea al Panteón Nacional.

La emoción que me embarga en estos momentos es profunda, de acuerdo con la grandeza del acto que estamos realizando; y si el Uruguay ha sabido hacer justicia a sus grandes artistas este hecho viene a enriquecer esa tradición no desmentida.

Don Pedro Figari, que a la postre de una interesante vida de jurista distinguido y de organizador de la Escuela de Artes y Oficios; y a la postre de sus ensayos pictóricos realizados como a escondidas, en uno de sus viajes a Europa se enfrenta en París con las telas de los pintores en boga de aquellos que luego de la revolución artística del Impresionismo — así llamado al hecho de pintar la luz solar — escuela encabezada por Monet, realizan la nueva revolución llamada *panoismo*; se nutre, o se inspira en las nuevas corrientes, se siente no ya un nuevo aficionado sino un pintor, todo un pintor nacional que sin proponérselo seguramente, dada su modestia, iba a pasar por la puerta grande del arte, por esa puerta grande cuyos dinteles sólo atraviesan los elegidos, y que lleva a la pintura universal para gloria de la Patria que lo vio nacer.

Yo tuve la fortuna de conocerlo, cuando realizó su primera exposición en Montevideo creo que en el año 1922, y tengo al par la

satisfacción de haber sido uno de sus primeros panegiristas, cuando se le discute, comentando sus cartones, y no sólo de palabra sino al par escribiendo sobre ellos en diarios de Montevideo y de Buenos Aires sobre la novedad artística que nos traía aquel señor ya entrado en años, y conocido o renombrado por otras actividades. Pero si Figari encontró en París, frente a los maestros de la época, la técnica entonces nueva de la pintura, no se olvidó nunca de la Patria y evocó los temas de la ciudad y el campo para llevarlos a la perpetuidad.

Y aquí se me ocurre decirles algo que tiene relación conmigo, algo que sería tonto dejar en el tintero por mal entendida modestia. Yo lo considero a Figari un pintor *nativista* y en mi primer artículo sobre él, publicado en la página artística de «La Mañana», que dirigía el arquitecto Herrera Mac Lean el año 1922, intitulé mi trabajo «La pintura nativista de Don Pedro Figari» empleando por primera vez el término. El ismo aquel me sonaba raro, y ya sabemos la suerte que tuvo la palabra.

Este es un pequeño capítulo de la historia del nativismo, y como antecedente no debo dejarlo en el olvido, sobre todo cuando ello redanda en la gloria del pintor que me inspiró el vocablo.

Y perdóneseme, yo no me puedo desprender del nombre y de las hechas de Figari. Por eso recuerdo que de las varias cartas que de él conservo, en una de ellas me pide que escriba sobre él y lo hace con la ingenuidad de un niño grande que ha descubierto un juguete precioso y desea que todos lo conozcan.

¡Cuándo se podría figurar que luego se iba a escribir tanto sobre él o su pintura!

Pero dejemos estos recuerdos y volvamos a la trayectoria y trascendencia del pintor. El, en Europa, frente a sus cartones rememoró su niñez. No tomó para inspirarse ningún tema europeo. Pintó estando en París, como si hubiera estado en Montevideo; y se recreó evocando la vida de los negros que conoció en su tiempo, tomándolos en sus muchos momentos, especialmente en sus candombes, y en sus fiestas del día de Reyes, cuando se vestían de levita e iban a visitar a los personajes de la ciudad.

Evocó al par la vida colonial montevidéana, con sus gruesas matronas que en vez de tomar té a la inglesa tomaban mate dulce, en aquellos singulares mates de plata adornados con palomas y pajaritos, y que hoy son riqueza de los museos.

Las evocó igualmente en sus reuniones y saraos dentro de las salas o los patios coloniales, evocó la vida de los gauchos y las mujeres del campo bailando gatos y pericones, seguramente ubicándolas en los pueblos y pequeñas ciudades.

Todas estas pinturas trascienden la alegría de un vivir virtuoso saturado de amor en la patria, en las vinchas celestes de las cabezas

femeninas así como en las palomas de alas abiertas que semejaban las cintas con las cuales ataban sus largas trenzas.

Figari resulta de este modo, no sólo un maravilloso pintor de la Patria vieja, sino al par, un historiador de la vida social de la misma. La aparición de este artista fue así como algo milagroso. Un hombre de cultura universal respondió a los embates de la vida, a sus desgracias personales, a sus dificultades económicas, refugiándose en el arte, y dejándonos un legado imperecedero. ¿Pero qué le pasó a este hombre, a este gran abogado defensor de causas famosas, para un día trocar su pluma y sus pinceles de aficionado convirtiéndose en un gran pintor, mejor diría, en un gran artista?

Figari, a los sesenta años, luego de andar por varios senderos encontró su camino que estaba dentro de sí mismo, que no lo había leído en sus libros porque estaba trazado por su naturaleza en los ríos azules de sus venas. Era una vocación que permanecía dormida.

Las desgracias del vivir, las desgracias de familia, como sucede con los hombres fuertes, saben donde echar su semilla creadora, eligiendo el terreno humano donde han de fructificar y así, éstas le dieron la mano llevándolo a su trabajo de todos los días que lo iría a conducir a las puertas de la gloria. Y pintó de sol a sol y tal vez de luna a luna, durante varios años, en París, en Buenos Aires, en Montevideo; no a la manera de aquellos impresionistas que sacaron sus caballetes al campo para pintar los efectos de la luz solar sino a la luz tenue de su modesto taller de hombre solitario e iluminado no por la luz solar como aquéllos, sino más bien alumbrado por la luz de los recuerdos y pensamientos tornándolo en un poeta del color que iluminaba su pincel con el bichito de luz que llevaba en el alma. Y porque en él esta luz de tan insignificante origen fue grande, la riqueza colorista de su paleta está (y lo digo sin pretender hacer comparaciones) dentro de la corriente que siguió al movimiento nombrado estando más cerca de los maestros que fueron llamados «héroes del color».

He oído comentarios expresando que en París los primeros en reconocer su valía fueron los pintores; que Zuloaga le había comprado un cartón, y que ya los museos de arte moderno se interesaban en ellos.

Y no sólo los pintores, sino al par los escritores, ya que si en París lo respetaba Supervielle, en Buenos Aires lo rodearon personalidades literarias como Ricardo Güiraldes, Victoria Ocampo, Constancio Vigil, etc.

Es indudable, los grandes artistas son los más eficaces embajadores que un país puede poseer en el extranjero, y Figari ha sido, dentro de los dominios del arte, el mayor embajador uruguayo designado por el dedo de nadie o sea por el Destino, primero ante los propios artistas y luego ante las gentes que hacen un fin de la cul-

tura, y que son capaces de emocionarse ante una obra como las de Figari que se gustan y paladean sin saber uno al contemplarlas, si entran al corazón por el cerebro, o entran al cerebro luego de hacer escala emotiva en el corazón.

Figari posee una personalidad tan peculiar y categórica, que ninguna persona con cierto conocimiento del arte de pintar, puesta ante alguna de sus obras tiene dudas respecto a quien es el autor. Nunca es necesario ir a buscar la firma. Aunque no las firmara serían reconocibles como suyas. Y no existen preferencias de tema como en otros pintores. Jamás he oído expresar a nadie que de Figari le gusten más los cartones con negros, o con gauchos, o con matronas coloniales tomando su mate y luciendo sus enormes peinetones y abanicos. No hay preferencias. Tal vez sea por su orientalidad ya que en ellos siempre se evoca la Patria.

A Figari se le gusta en pleno, en total, de arriba a abajo, por encima del tema, porque, como ya lo dije, y aunque se empieza a interesar el cerebro siempre tiene su grande parte el corazón.

Yo me pregunto así, andando los senderos del sueño, qué *estilos* y *vidalitas* saldrán de las bocas de esas guitarras, qué charlas amenas, qué conversaciones sobre saraos y amores románticos de los labios de sus mujeres... qué actos de fidelidad encenderá el alma de esos morenos, y qué episodios heroicos tocarán sus tambores en el pecho varonil de esos gauchos de chiripaes con vivos celestes o colorados.

Otro de los encantos que poseen sus cuadros estriba en que él no necesitó como otros pintores modernos, deformar las imágenes, para desrealizarlas, porque como pintaba sin modelo a la vista, o sea con el modelo retenido en la memoria, sus figuras adquieren el encanto de las cosas que se ven con los ojos del recuerdo. Ellas adquieren así un poco de duende, lo suficiente para que cobren un nuevo atractivo y se enredan aún más en los hilos de la simpatía. Cuando falleció Don Pedro yo escribí un romance que fue publicado en «La Prensa» de Buenos Aires y que se ha recogido en mi «Antología Poética», en una de cuyas partes dice así:

«Figari el de los candombes
con lunas de pesadilla.
Figari el de los colores
con cielo y con sol compuestos,
colores, ¡ay qué colores!
como de pájaros hechos!
Con ellos vistió a los gauchos
con ellos vistió a los negros
y a las chiruzas tristonas
de lazo y moña en el pelo;

y los patios dieron flores
y las parejas en celo
rociaron sus corazones
con el pincel de Don Pedro
Corazones de naranja
corazones de celeste
miradas color cachimba
y amores de rayo verde
Figari el de los candombes
—tembladerales de negros—
el de los patios rosados
y apariciones de perros;
el de los caballos flacos
como esqueletos con pelos
dándole espíritu al campo
como si vivieran muertos.
Figari el de los velorios
mojados de «Padre nuestros»
Figari el de los ombúes
con lunas de cobre nuevo
ombúes de cuerpo astral
con buhos de cuerpo entero».

Y para terminar diré que nuestro país —y en estos momentos nuestro gobierno— dando una prueba cabal de su preocupación por la cultura, ha nutrido sus museos con la obra de Figari, ha creado un museo especial para sus cuadros y ahora, al cumplirse el centenario de su nacimiento, traslada en acto grande y de patriótica justicia, sus restos al Panteón Nacional donde descansan los grandes de la Patria.

FERNAN SILVA VALDES

Discurso del Delegado del Comité Nacional de Homenaje

El más grande homenaje que la patria nuestra puede ofrecerle a uno de sus hijos, ya levantado a la gloria, es el que hoy le rendimos en el centenario de su nacimiento al señor Pedro Figari, por resolución del Poder Ejecutivo y del Parlamento Nacional.

Me toca investir, sin merecerlo en modo alguno, la representación del Comité Nacional de Homenaje al insigne pintor, en el instante de esta alta consagración. Sus restos van a entrar al Panteón Nacional en la vecindad de los grandes de la patria, reposando en el más alto silencio, como el máximo homenaje de la nación a uno de

sus hijos dilectos. Silencio sepulcral que en la vida de recordación se va trasmutando día a día, al pasado de las generaciones venideras, en vida nueva, en el proceso del pensamiento activo.

He dicho pintor nacional, y me parece que he achicado el alcance de esta personalidad de excepción, al ceñirla a una sola actividad artística, cuanto en verdad Figari tocó tantos y tan hondos capítulos de la vida pasada. Y los tocó a todos, ungidos del mismo ardor patriótico.

Fue, sí, el gran pintor nacional, retomando después del gran Juan Manuel Blanes, la antorcha del arte. Porque antes de entregar Figari su ya anciana vida, tocando sus maravillosos sesenta años de edad, edad del reposo jubilatorio que él transformó por misteriosa alquimia en su más apasionada edad de creación —ya había dado a su patria el fruto madurado de tanta actividad proteica.

Fue ante todo el patriota que vivió las onduladas colinas nativas con el animal solitario, vacías de toda presencia humana, del ombú dominador, dueño y señor de esa soledad; fue quien defendió la ley de los desposeídos, que el progreso va dejando, despiadadamente a la vera de los caminos de tierra y yuyos, desde su cargo de defensor de pobres; que combatió la pena de muerte, vergüenza de una civilización descarrilada; que actuó en el Parlamento y en infinidad de comisiones patrióticas, durante las revoluciones; que dirigió el diario «El Deber» orientando la opinión pública; que publicó libros y folletos marcando por vías revolucionarias la enseñanza industrial; que penetró en la selva espesa de la filosofía del arte con su libro hoy de toda actualidad, titulado «Arte, estética, ideal» que entregó su madurada experiencia a la Escuela de Artes y Oficios, en la más osada y viva aventura docente.

Esto sólo, ya dibuja una alta parábola de una vida ciudadana. No sólo por la intensidad y perseverancia del aporte, sino por el alto destinatario: su patria. Pero después —y presentando su caso único en la historia universal del pensamiento— ya al final de su luminosa parábola, es cuando aparece el artista, es cuando irradiante de su luz nace el artista, nace el pintor.

Fue así, en un revés de su vida apasionada, cuando él pensó que esa patria tan querida había sido injusta —y en ese instante lo fue— al no valorar todo lo que de experiencia, de trabajo, de sabiduría, de pensamiento, de amor, le había entregado.

Olvidado de sí mismo y de todos los suyos —decidió alejarse— cruzó a la vecina orilla en procura del olvido. Este amargo alejamiento fue el que nos dió para los días futuros; al Figari más grande, al pintor de su pasado, al Figari emocionado por el recuerdo, al Figari creador incansable de miles de estampas maravillosas que hoy colocan su nombre al lado de los más grandes de la pintura universal.

Por una paradoja del destino —explicable de su vida apasionada— trocó la viva ofensa sentida al hacer abandono de su «Escuela de Artes y Oficios» en los más altos dones para su tierra lejana. Por qué su nuevo destino de pintor —tan raro en esa hora de ancianidad— no fue para el goce hedonista del arte; tampoco para el alarde vanidoso, menos aun para el total olvido. Fue para cumplir una nueva y alta misión, en su nueva vida. Para cumplirla en viva y efusiva manera, como si un imperioso mandato interno, se lo impusiera. El quiso ser el narrador del pedazo de historia que había vivido. Relatar, no con la palabra, que otros antes lo habían hecho, sino con el pincel, un pasado de su vida, lejanamente vivida. Un pasado que él había visto, con ojos alucinados, y que estaba destinado a caer inexorablemente en el olvido. Relatarlo lo más fielmente que pudiera hacerlo. Con fidelidad en la evocación en el trazo, en el mismo color. Y así surgió su pintura de encantamiento. Pero si cumplió con el primer propósito de autenticidad narrativa, de fidelidad histórica, se alzó en vuelo misterioso a los más altos planos del valor artístico. Y fue, toda su pintura un relato, sí, un vivo y fiel relato. Pero fue además y ante todo, riquísima y opulenta pintura.

En un goce, un dominio, una suntuosidad y una audacia que lo transforman en un grande de la plástica moderna.

Por ese nuevo camino, emprendido en una frenética y enjundiosa ancianidad Figari llegó a las más altas esferas de la consagración. Porque si su relato fue bien nuestro, entrañablemente nuestro, adquirió por su intensidad de su mensaje, un valor universal.

Y es que, si para entender al poeta, al dramaturgo o al filósofo, hay que dominar el verbo en que se expresan, para gozar de la pintura, y sobre todo de la pintura de Figari, sólo hay que tener ojos propicios. Y este lenguaje del mirar y ver en profundidad, es un engranaje que alcanza a todo ser humanos que sepa usar sus ojos para el coloquio visual.

Figari fue así comprendido por todos en su apasionado canto pictórico. Aquí en el Río de la Plata, y ayer en Europa. Y fue alabado primero por los poetas nuestros y los hermanos de la vecina orilla donde iniciara su aventura artística. Dejemos, hoy, a uno de ellos, nuestra Juana de América, que tome la palabra del saludo postremo, antes que sus restos entren al tempo del silencio eterno:

«Barbado amigo que te fuiste un día
ya bien seguro de quedarte siempre
Entre los hombres que te dieron himnos
finos puñales y terribles males
ya bien seguro de quedarte siempre».

CARLOS A. HERRERA MACLEAN

II. EN EL PALACIO LEGISLATIVO

Discurso del Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social

En el día de ayer la República tributó honores al Dr. Pedro Figari y se trasladaron sus restos al Panteón Nacional. Hoy recuerda su nacimiento.

No otro es el significado de ese acto, porque homenajes no necesita quien recibe permanentemente el reconocimiento y la admiración del pueblo uruguayo.

Características únicas y no repetidas en el Río de la Plata, tiene la personalidad de Figari.

Abogado en 1886 elige un tema económico y social para su tesis doctoral: la ley agraria. Orienta el ejercicio de su profesión al Derecho Penal e irrumpe en el escenario público señalando un error judicial. Defiende al Alferez Almeida en el oscuro crimen de la calle Chaná. Pone toda su inteligencia y pasión en probar la inocencia de un ser humano inculcado consiguiendo, ante el asombro de todos y cuando parecía imposible, su libertad.

Y esta valiente actitud, este gesto, adquiere el mismo tono fuerte y convincente cuando, pocos años después, hace su alegato contra la pena de muerte. Hombre sensible a todas las inquietudes fue periodista, fundador y codirector de «El Deber». También fue un día legislador y militante político. Por tres veces ocupó una banca en el Parlamento Nacional y dejó señalado su paso con sello propio, acreditado por el carácter singular de sus iniciativas, por el afán de descubrir para el país senderos no recorridos y por la elevada intención de su conducta. El político y el partidario que hubo en Pedro Figari fueron siempre orientados y dirigidos por el ideólogo.

Sus versos sencillos, humanos, tristes unas veces, sagaces otras, enriquecen nuestra poesía. Leemos en ellos:

«Como perro errante, de raza,
que vive de la limosna y el puntapié,
así vivo. Nadie sabe lo que llevo en mi alma
¡Y es tanta la miel!»

Escritor imaginativo, narrador que descubre y describe con agudeza rasgos psicológicos y personajes singulares.

Pedagogo de concepciones renovadoras dirige y orienta la Escuela de Artes y Oficios. En pocos años la transforma. Levanta la enseñanza artesanal y le imprime a la Escuela Industrial el ritmo que el futuro del país requiere.

Dejamos para la última parte de esta primera al filósofo, al ensayista. «Arte Estética, Ideal» es su pensamiento, su formación espi-

ritual, «su libro» como él le llama. Muestra, de cuerpo entero, al intelectual de fines del siglo pasado, al ateneísta. Positivista spenceriano permanece fiel al radical naturalismo de esa escuela. No admite otra realidad que la de la naturaleza reduciéndola a materia y energía. Pero, a pesar de ese molde clásico positivista no puede Figari con la fuerza de «su interior» y aparece, profundizando su pensamiento, el espiritualismo. Y este es el sello permanente que lleva toda la obra de su vida. Arte, belleza e ideal, para llegar a su raíz, a su explicación, prescinde «de los efectos sugestivos del prestigio tradicional», de las erudiciones y «Entregado, pues, a mis recursos» dice en el prefacio de su obra «como un ciego a su báculo, para orientarme en ese nuevo rumbo por medio de los fenómenos más simples de la naturaleza, siempre fidedignos... me aventuré a buscar una explicación directamente».

Este «su libro» es la esencia de su persona, y esa esencia fue su arte. Por eso Figari artista no lo es sólo por sus cuadros, sino por todas las expresiones de su espíritu. En toda su personalidad hay arte como «acabada culminación de la naturaleza» al decir de Dewey.

El Pintor... 1921, a los sesenta años de edad, con la decepción en el alma, abandona voluntariamente su país y se refugia, con un entregamiento total, en la pintura. No es ni una inclinación, ni una manifestación nueva en él. Esporádicamente y desde años atrás lo hacía. «Había empezado por ser un pintor de los Domingos, dice Supervielle, y he aquí que colora, ilumina y encanta todas nuestras semanas.»

Pintar fue para él como el regalo de un día de fiesta.

Además, siempre estuvo vinculado a la vida artística del país o por amistad o por actividad. Ya en 1901 organiza un concurso de afiches en el que triunfa Carlos Saez y obtiene el segundo premio Pedro Blanes Viale.

Ese entregamiento integral, es la última etapa de su vida, la ¡más brillante y la más apasionada! Pinta sueños, recuerdos de su país donde ya no vive pero donde no puede dejar de vivir. Reproduce imágenes de su infancia, de todo lo que observó, de lo que sintió. Y así nacen sus personajes, sus paisajes. La vida y costumbres de nuestro país es su tema, su espíritu es la pincelada que crea. Es el viejo positivista y espiritual que ahora pinta.

Y así aparecen esos cielos fuertes y trágicos del campo que imponen grandiosidad y recogimiento. Esas lunas blancas que hacen más blancas las casas de la estancia. El carro fúnebre que tirado por un caballo y acompañado sólo por su cruz transita por una llanura solitaria. Y así aparecen las pulperías, las parejas románticas abrazadas bajo un ceibo, los ombúes dando sombra a un rancho, los pericones bajo los árboles, los caballos con alma, atados a un palenque,

de tiro o montados, solos o en manada, los perros vagabundos con expresiones casi humanas.

Y así aparece en sus cartones el Montevideo colonial. Casonas rosadas o celestes que sirven de marco a un sarao o a un candombe, a una fiesta o a un velorio. Calles llenas de vida ya se trate de una reunión o de un entierro.

Aparece el negro, un querido personaje del que el pintor se vale para retratar mejor el alma humana. Es de una fortuna, de un movimiento, de un ademán, de una mirada, de la colocación de un brazo, de una prenda de vestir, de una galera, que el artista se sirve para decir lo que lleva adentro del ser que representa.

No le interesa tanto la perfección del envoltorio carnal como la expresión espiritual que pueda darle.

Colores y vida tiene su obra. Tristeza y grandeza sus nostálgicos paisajes. Alma, naturalidad, movimiento, sencillez y muchas veces una gran ironía tienen sus seres vivientes. Nuevas sugerencias ofrecen constantemente sus cuadros. Cada vez que uno los mira aparece algo más, algo nuevo como si el pintor acabara ayer de retocarlo.

Esta es la vida y la obra de Figari. Vida y obra de un hombre de excepción. Personalidad de caracteres universales y originales, con espíritu, actuación y cultura de un renacentista.

Con un desprendimiento por las vanidades y frivolidades de esta vida, de un ser superior. Teniendo condiciones para ocupar los más altos cargos públicos de este país, porque talentos y virtudes le sobaban, eligió el exilio voluntario y el oscuro retiro donde pudiera dejar libre a su alma. Y ese fue su gran triunfo porque allí, en su modesto «atelier», entre sus recuerdos y sus pasiones, entre sus colores y sus pinceles, entre sus sentimientos y su inspiración, Don Pedro Figari culminó su gran vida y encontró su gloria.

EDUARDO A. PONS ETCHEVERRY

Discurso del Delegado de la Comisión Nacional de Homenaje

La Comisión de Homenaje al pintor Pedro Figari me ha honrado con la misión de hablar en su nombre, en este acto de verdadera solemnidad nacional, en el cual, el Cuerpo Legislativo de nuestra República, invistiendo su significado de representante del alma colectiva de nuestro pueblo, se reúne para tributar un homenaje de glorificación al grande artista que, desde ayer, ha quedado incorporado a las sombras ilustres que nuestra Patria guarda en su Panteón Nacional.

Es pues aquí, en esta sala marmórea, donde deben ahora resonar estas voces nuestras, que ojalá reflejen algo, de esa honda vibración admirativa, que todos los espíritus comprensivos de nuestra tierra sienten por esa extraordinaria figura del Doctor Figari, como le llama-

mos todavía los que tuvimos la felicidad de frecuentarlo, durante largos períodos de nuestra juventud.

Admiración originada en un entrañable localismo que hoy, después de las consagraciones de trascendencia universal, podemos transformar en una aureola de gratitud, hacia una de las figuras que más lejos han llevado y hecho comprender, en tierras de culturas seculares, el nombre y el prestigio de nuestro Uruguay.

Porque ésta es una de las más recientes y firmes certidumbres que podemos ostentar, grabándola con caracteres áureos en el memorial de nuestra corta Historia.

La obra de Pedro Figari ha trascendido todas las fronteras: es una afirmación artística, inconfundible: una realidad concreta, incorporada a la Antología Universal.

Es esa verdad artística local que, partiendo de las formas y colores originarios de nuestro terruño y su legendario pasado, logró adquirir perfiles de grandeza, amalgamando la esencia heroica de nuestras crónicas; el empaque de los caballeros, hijos de cabildantes; las siluetas de gauchos y negros; la ironía paisana del anecdotario colonial, con una personalísima comprensión de nuestros cielos, nuestros paisajes y nuestros ombúes; la silueta desgarrada del caballo macilento; o la lejana carreta quejumbrosa y el perro vagabundo. Logró con esos elementos tan nuestros, un substractum de pura esencia pictórica, de verdadero contenido plástico indiscutible, y de una elocuencia cuya universalidad ya nadie puede poner en duda.

Logró de nuevo, la vieja paradoja tantas veces repetida y demostrada. Sin salir del estricto localismo de un país de tan corta extensión geográfica como el nuestro, conquistó la admirativa comprensión de los núcleos más cultos de Europa. Mucho contribuyó a ello, fuera de duda, la formación humanista del pintor: su conocimiento total de las corrientes artísticas universales. Todo ello se elaboró seguramente a lo largo de lentas meditaciones que duraron años, y que lo llevaron a concebir y realizar ese caudal de imágenes que había de tomar cuerpo imperecedero en la serie alucinante de cartones que brotarían luego de sus pinceles.

No es éste el momento de esbozar aquí, ni siquiera un análisis de la obra, casi increíble, que este Maestro realizó en el corto período de diez años, habiéndola empezado ya cumplidos los sesenta.

Fue una realización desarrollada con una especie de inconfesada premura: como si las visiones que se agolpaban, tumultuosamente, en su inspiración creadora, lo estuvieran urgiendo para que la magia de su pincel les diera vida: para que las transfigurara gracias al extraño don de su tesoro temperamental, en trozos de pintura imperecedera; que siguen y seguirán transmitiendo a las generaciones del mañana, la esencia de aquella grande y poética sensibilidad de pintor.

El estudio más intenso de cómo se desarrolló ese continuado esfuerzo, para realizar la obra; el conocimiento de la intimidad de esa sucesión de años de trabajo que empieza en Montevideo, continúa en el hospitalario Buenos Aires, donde el artista se siente apoyado por grandes amigos comprensivos y que finaliza en París, en su pequeño e íntimo taller de las cercanías del Panteón en el Barrio Latino, nos darían con más claridad que la impotente magnitud de su propia obra, la inconfundible característica de esta rara personalidad de creador, enamorado de su interior mensaje, y acicateado por el anhelo de darle forma. Como si el tiempo de que disponía hubiera podido ser insuficiente para el misterioso alumbramiento.

Esta es quizás, para mí, la arista más elocuente y original del genuino artista que fue Pedro Figari.

De aquel creador integral, capaz de todos los sacrificios, de todas las abnegaciones.

Dispuesto siempre a ofrendar todo lo que podía constituir bienestar o satisfacciones materiales inmediatas, al único esfuerzo central, ininterrumpido de su florida vejez, que fue el dar vida a ese verdadero mundo de imágenes, a ese universo inédito de su obra, en el que plasmó y cantó, con lírico idioma pictórico, aspectos innumerables de nuestro embrionario mundo naciente. De ese mundo que pocos podían recordar, pero que él tuvo el genio de intuir y concretar en imágenes que ya constituyen para nosotros, una parte inseparable de la evocación patriótica. Nunca podremos apartar de la tradición nuestra imaginada; del aspecto plástico de nuestra crónica histórica, de la evocación visual de nuestros hechos pretéritos, la obra de Figari.

Y son todas sus obras: las grandes y las pequeñas, las épicas, dramáticas o dolientes: o las anecdóticas, evocadoras del pintoresco anonimato popular negro o caucásico.

Toda la crónica cobró nueva vida, vistiéndose con una inesperada verdad formal. Enriqueciendo su entroncamiento histórico o pintoresco con el manto lujoso de la creación.

Ratificada por la tremenda afirmación plástica imperecedera, constituida por la asombrosa serie de los cartones.

Toda esa obra de tan evidente valor artístico, está también impregnada de narrativo lirismo vernáculo: vive entroncada en forma indisoluble, a su hondo significado de creación humana evocativa, de la historia viviente y episódica de un pueblo y sus orígenes.

Se ha hablado a veces, entre los comentadores de Figari, del parentesco remoto entre su modo creativo y la antigua idea del juglar: se ha evocado al cantor errante y poeta, que revivía episodios y crónicas acompañándose con el laúd. Esta es, fuera de duda, una bella concordancia. Pero sólo a condición de que lo cantado hubiera sido imperecedero y obra del mismo cantor, cosa que no solía suceder.

Nuestro artista es ante todo, padre exclusivo de su creación: y esto es lo que justifica la extraordinaria valoración y difusión de su obra en los años últimos: su consagración como personalidad de universal resonancia, que figurará siempre en colecciones y museos de valor indiscutible.

Era preciso que fuera reconocida la calidad absoluta de la pintura misma, antes que todo. Y esa condición de calidad pictórica era justamente la esencia de su talento: la nota principal, inconfundible, que siempre vibró en su paleta, y que sus pinceles dejaron impresa en los cartones, hasta en los más modestos, comunicándoles ese personalísimo sentido de entonación y relación de valores cromáticos, que los diferencia y hace reconocibles entre las producciones de su tiempo.

Son esos dones creativos, de valor plástico absoluto, los que han contribuido a proclamar la universalidad de su obra, que en estos momentos y con el motivo de su fecha centenaria, el país incorpora en forma solemne a los grandes valores de su historia cultural.

¿De dónde vino; cómo se impuso a la mente lúcida del creador, ese idioma pictórico inédito, ese mensaje tan personal e inconfundible?

¿Cómo logró cristalizar en su sensorio, la esencia de ese mundo nuevo de imágenes tan inesperado en la época, y tan rico en sugerencias?

Mucho se ha dicho y se dirá seguramente en el futuro, tratando de explicar las sendas inexploradas de su origen. Pero no es ahora el momento de hacerlo, aunque sintamos fuertemente la atracción del tema.

Mi generación frecuentó durante muchos años al grande artista, cuando todavía no había iniciado la gloriosa aventura de su vejez. Lo conocíamos y veíamos a diario. Todos le debemos algo de nuestra formación artística y es justo recordarlo ahora, con un tinte de emoción, incorporándolo al homenaje. Le debemos algo de lo que después nos ha ayudado, a través del largo vivir y producir.

El daba siempre, generosamente, la miel de su vieja experiencia; el zumo de sus largas meditaciones; lo hacía con aquella característica e irónica bonhomía, que no podremos nunca separar de nuestro recuerdo.

Era la época en que se estaban incubando en su espíritu los extraordinarios gérmenes de la obra futura, que habrían de florecer, años después, en forma rápida e inesperada, para tomar cuerpo y entonación definitiva en la serie de sus cartones.

Sabemos mucho por lo tanto, de sus aficiones y preferencias; de la impresión más o menos profunda y de la huella que dejaban en él, los valores de los artistas nuevos, que estaban entonces en su período de eclosión ocupando el escenario artístico de Europa.

De su modesta pero sólida formación pictórica primera, le quedaba sólo el dominio de los medios técnicos de su arte; el amor del oficio y de la sana artesanía de pintor: el culto del color mismo como vehículo expresivo de belleza.

Esa sabiduría básica se cumplió y enriqueció a través de sus días, y le ayudó en las múltiples experiencias pictóricas de que está jalónada su vida tan activa, de gran abogado y señor, de caballero sin tacha atraído por múltiples obligaciones políticas, familiares y sociales.

Sabemos que siempre encontraba el momento propicio, la oportunidad favorable para realizar el apunte fugaz o el pequeño boceto lleno de intencionadas búsquedas, mientras se iba formando en su trasfondo anímico, y tomando corporeidad, la visión entrevista, cada vez más clara y definida de la obra futura. Creo que en esa época, una de las impresiones más hondas que se grabaron en su espíritu, y que quizás gravitaron mucho en su obra posterior, fue la sala del pintor Anglada Camarasa, que visitó y saboreó largamente, en la Exposición del Centenario Argentino en 1910. A su vuelta nos habló mucho de Anglada, y del concepto de su pintura tan original, hecha de libertad creativa, basada en el poder de transmisión emocional del color, por el color mismo, y opuesta a la otra posición más fría y cerebral, que reproduce por clarooscuro coloreado, la visión óptica. Nos explicaba su opulencia cromática mediterránea emparentada a la tapicería y la cerámica de Oriente.

Su capacidad de entusiasmo era grande pero no mayor, por cierto, que su vigilante sentido de auto-crítica, que graduaba sus admiraciones con una dosis de esa suave y bondadosa ironía de que hablé antes, que estaba siempre presente en el fondo de su idiosincracia, que aparecía en su discurrir y se trasluce siempre en su propia pintura.

La honda impresión producida por la obra de Anglada vino a unirse a su vieja admiración por la escuela de los Impresionistas franceses, en los que encontraba el conjunto de realizaciones pictóricas más serias y trascendentales de esa época. Esto se lo oí repetir más de una vez, con profunda convicción.

Su devoción por la pintura de Vuillard, Bonard y los otros, es evidente cuando observamos sus cuadros; pero no atenúa en nada para mí, la fuerte y lozana originalidad de su creación, hecha toda, no de sensaciones ópticas directas del natural, sino extraídas de su propio tesoro espiritual de evocaciones, de imágenes interiores y lejanas, amalgamadas con armonioso lirismo pictórico.

Se adelantaba en esto a un concepto que acaba de ser enunciado hace pocos años por Worringer, el gran esteta alemán contemporáneo, quien por vez primera nos habla de la idea de «morfomusicalidad».

Esta melodiosa palabra parece inventada por el gran filósofo germánico para que ahora nos ayude a aclarar el valor definitivo de la

obra del gran maestro que estamos glorificando y cuya pintura tratamos de situar en ese mundo de los grandes valores del espíritu, creadores de belleza que han logrado permanecer por su sola fuerza de expansión anímica.

La morfomusicalidad de las obras pictóricas!

No será ésta la fórmula que mejor me ayude a terminar estas modestas palabras mías, aclaratorias de ese intenso valor de Figari que he intentado presentar? Tenía que ser la Música, el arte supremo de la abstracción y la inmaterialidad, el arte sin cuerpo, hecho de sonidos que nacen, tocan nuestra emoción y se diluyen en el éter.

Figari era eso: era el creador que con un simple trozo de cartón de tinte dorado y los limitados colores de su paleta realizaba siempre una obra inédita, vibrante de sensibilidad.

Una obra, esencialmente pictórica, sin embargo. Esencialmente plástica.

Pero próxima al Numen que señorea todas las grandes manifestaciones de Arte con que el hombre ha intentado expresar, a lo largo del tiempo, su anhelo, siempre renovado de acercamiento a la Belleza, que es inmortal.

JOSE LUIS ZORRILLA DE SAN MARTIN

Discurso del Presidente de la Academia Nacional de Letras

El eco múltiple y disperso de la inquieta, varia y colmada vida de don Pedro Figari adquiere, en estos días propicios de la evocación centenaria, la plenitud armoniosa y sugestiva de una síntesis, que proyecta, en la emoción de los homenajes unánimes, la presencia de un prócer de la República.

Al seguirle en los diversos dominios de su acción a través de las palabras de verdad y de justicia que se han dicho en su honor, sin preocupaciones de ideologías y tendencias; al contemplarle de nuevo en la militancia forense, en la lucha cívica, en la cátedra, en los organismos técnicos y administrativos, en los institutos educacionales, en la labor de doctrina o de esparcimiento, en la creación artística y literaria; al observar que no tuvo hora sin noble aplicación, ni cumplió esfuerzo sin alto destino, hemos pensado que a su espíritu, nimado por la gloria, podría dirigirse la solícita pregunta de Néstor cuando, en la noche, divisa la confusa figura de Agamenón: ¿Quién eres, le dice al Atrida, que, cuando descansan los mortales todos, solo, así, por las tiendas y las naves discurre?

Porque don Pedro Figari, en la fecundidad de su largo y y sostenido combate, al compás incansable y fresco de tantos traba-

jos, fue un espíritu preocupado y vigilante del bien público, con la vocación, la aptitud, la energía y el desinterés que le llevaron a defender, con claridad y firmeza, sus principios, sus doctrinas, sus ideales, sus sentimientos; a ponerlos en vigencia práctica cuando las circunstancias le ofrecieron la oportunidad; o, leal, probo y valiente, a quedarse solo para defenderlos, como aquel caballero de Eça de Queiroz, que «sabía dar el golpe exacto para cerrar sin violencia y sin blanduras la portezuela de su coche».

No fue un alma tornadiza al juego mezquino de los intereses, ni un acomodaticio que se hamacara cómodamente al vaivén de los sucesos encontrados; entre sus mejores lecciones, están las de dignidad, de severidad, de discreción, de independencia, que, para ejemplo de párvulos, deben ser exaltadas al igual que las de la energía persistente de su esfuerzo y las de su optimismo creador.

Señores:

La Academia Nacional de Letras, que ya expresó su sentido de la justicia al evocar a don Pedro Figari en la magnífica conferencia del intelectual francés Raymond Ronze, agradece a la Comisión Nacional de Homenaje, presidida por el doctor Arturo Lerena Acevedo, la nueva y honrosísima oportunidad que le ofrece de reiterar su adhesión a los actos de memoración de este varón esclarecido de nuestra cultura jurídica, literaria y artística.

Recordar a Figari es traer a un nuevo estudio a aquellos hombres del último tercio del siglo XIX, que dejaron la indeleble impronta de su paso en la historia, en la política, en la cultura, en la vida intelectual, moral y social del país.

Entendiéndolo así la Academia ha llamado a concurso para una presentación de las letras uruguayas en ese período entre 1870 y 1900. En el representativo mundo de sus pares, Figari ocupará el sitio que le pertenece. Y ahí se estará, dinámico y fuerte, con sus clases, sus ensayos, sus polémicas, sus cuentos, su vario y lúcido vivir.

Las nuevas fuerzas intelectuales, sociales y políticas de esos tiempos agitados, impulsoras de ideas y tendencias destinadas a encender luz más viva en las almas y a gravitar profundamente en el siglo XX y quizá en el siglo XXI, llegaban al Río de la Plata llenas de sugestión revolucionaria, flameando la luz de nuevas antorchas encendidas sobre la crisis de la política liberal y conservadora —la del *laissez faire-laissez passer*— con el vigor incisivo de una ideología, moldeando un estilo de vida y un arte que seducía a las juventudes intactas, no del todo manumitidas todavía de otras influencias. Una vibrante inquietud como de espera angustiada, con mucho de sentido ecuménico y de universal preocupación; una visión de amplias proyecciones y posibilidades, que se desprendía de los prejuicios lugareños y ampliaba los enfoques de aldea, buscaba fundir, con aptitud plasmanente, en la experiencia de las civilizaciones fundadoras, la sa-

biduría tradicional de los pueblos que han vivido mucho y la impaciencia prematura y creadora de la sangre moza, renovadora, aventurada y vivaz. Política, filosofía, letras, ciencias jurídicas y sociales, reciben el influjo del movimiento intelectual que conquista las mayores adhesiones en Europa.

En el Parlamento, en la magistratura, en la cátedra, en el periodismo, en los centros de actividad literaria y social, se siguen las nuevas direcciones del mundo pensante, que procuran incorporar a la realidad de la vida y del arte las construcciones de un estado de inquietud, cargado de doctrinas a veces vagantes en ilusiones.

La inteligencia y la sensibilidad de don Pedro Figari aparecen alcanzadas por esa nueva conciencia intelectual. En su estudio —quizá el primero bibliográficamente computable en la lista de sus obras— sobre *Ley Agraria*, tesis para optar al grado de doctor en Jurisprudencia y editada en 1885, entre atisbos sociológicos y reclamaciones que todavía no se han plenamente cumplido, se formula un proyecto de ley agraria que no sólo hace el anuncio de una inteligencia apta para las aplicaciones concretas, sino que procura poner en ejecución las ideas que trae de la cátedra, de las lecciones del profesor doctor don Arturo Terra, del doctor don Manuel Garzón, a quién cita, y seguramente de su padrino de tesis, su futuro padre político, el ilustre economista y jurista don Carlos de Castro.

No he de hablar del Figari magistrado; ni del Figari legislador por los Departamentos de Rocha y de Minas; ni del Figari profesor y jurista, abogado del Banco de la República, trabajador tenaz en la elaboración cerebral sin vacilaciones; ni del Figari penalista, que marcó sus resonantes defensas en exposiciones de notoria significación, como *Un error judicial* y *El Crimen de la calle Chaná*, o de quién bregó, con adecuada competencia, por la abolición de la pena de muerte o agotó el examen de *Un caso de extradición*. Pero debo señalar que aquel joven de veintitrés o veinticuatro años, que elige para su tesis de grado, no un manido tema de derecho civil o comercial, sino un asunto de vivo interés para el país donde ha nacido y aplicará sus aptitudes, ve claro, andando el tiempo, el desarrollo industrial favorecido por mano de obra técnica o especializada y proyecta la transformación de la Escuela de Artes y Oficios. Y cuando dirige la Enseñanza Industrial, cumple una labor renovadora. Figari recogía una aspiración pública porque, en justicia, deben mencionarse, junto al suyo, los tres proyectos de don José Serrato, de mayo de 1899: uno suprimiendo la Escuela de Artes y Oficios, fracasada para cumplir las finalidades que se habían tenido en vista al fundarla; otro de creación de una Escuela Industrial y el tercero de establecimiento de una Escuela politecnica bajo la dirección de la Universidad.

Don Pedro Figari —multifacético en la aptitud y en la creación, no un frívolo y perezoso transeunte por todos los campos de la acti-

vidad humana— tuvo don literario, médula de filósofo, genio de artista. En el estilo y en los trazos de cuadros costumbristas, situaciones y personajes de sus cuentos, sazonados con chispazos de ingenio como los que dan el tono de ligereza graciosa a la *Historia Kyria!* especie de *Isla de los Pingüinos* con socarronería criolla matizada del más fino *esprit français*. Huyó de la exuberancia gerundiana en la expresión y del alarde de cultura y solemnidad, porque todo era don natural mejorado por los estudios.

Quizá el libro fundamental de don Pedro Figari —aparte del que podría formarse colectando tantas páginas dispersas, muchas de ellas anónimas o firmadas con pseudónimo— es el que apareció con el título de *Arte, Estética, Ideal*, lleno de matices a través de los cuales se percibe, más de una vez, la prosa suelta, de giro fácil, fluida en la imagen, sin el castigo del cincel ni la tortura de la lima, la precisión vigorosa del concepto o el «sabio sentir» de un alma de artista. Emilio Oribe, Angel Rama y Arturo Ardao han dedicado sagaces exámenes a algunos escritos e ideas de Figari, que son de útil y fecunda lectura. Deben agregarse a ellos los trabajos nacidos al estímulo de esta rememoración, así como los que se producirán por especialistas de verdadera jerarquía en las distintas manifestaciones del talento polimórfico del grande hombre.

Y este escritor, jurista, cifra de dirección y de gobierno, con vocación de militante político, con inquietud científica, con verbo vengador de polemista, seguro en el razonamiento y eficaz en el adjetivo; sociólogo, pedagogo, reformador, filósofo, novelista, poeta, ensayista, soñador y animador con fuerte y noble influencia cuando parecía llegar a un diáfano crepúsculo, se entrega, con ardor de fiebre, a la pintura. José Pedro Argüel subrava que lo que podría haber sido un principio de adolescente es, en Figari, un término de la plena madurez. Agrega el autorizado crítico que «este pintor tan dotado de originalidad, desarrolló su arte en un ambiente que no había tenido la suerte de poseer muchos artistas pensadores de tan alta condición como la suya».

No hay duda, señores, que el de Figari es un corazón ávido que palpita exaltadamente por un problema penal, por una cuestión política, por un paisaje. Sabe de «Atlántidas sin dueño», de negros en expansión, en el clima de lluvia y de bruma de París, pero en el ambiente de su inteligencia y libertad; en nuestros campos o en los modestos y soleados pueblos del interior, Figari recoge los elementos concretos que le proporcionan la realidad, los recuerdos, la imaginación y los transforma en su verdad artística, la de mayores posibilidades vitales. Esas vagas imagerías, los fantasmas, los duendes de su memoria, pasan a vivir, con nervio, color, ritmo, más que las criaturas de carne y hueso y aun tanto como muchas de las puestas de pie por el arte escrito.

Es Figari un historiador, porque no se equivocó don Miguel de Unamuno cuando dijo que «todo el que se propone relatar costumbres, hace de historiador». Conoce a fondo el medio y el espíritu del tiempo que evoca, con detalles que le son familiares. Las costumbres y el carácter aparecen, en sus cartones, a veces, desprovistos de minucias, pero llenos de vida en su color y movimiento.

Oía, el otro día, el relato escueto, pero emocionado, de sus andanzas a la busca de paisajes y de motivos pictóricos. Yo no sé por que me acordaba de don Miguel de Cervantes Saavedra, recaudador de alcabalas, de experiencias, de modismos, de vocablos, por los pueblos dispersos. Así Figari documentaba realidades, conocía costumbres y saldaba su deuda con la belleza.

La República está llegando a él. El homenaje de la ley, del Poder Ejecutivo y de la Cámara de Representantes; el Panteón Nacional; este acto de hoy; los que seguirán completándolos en la Exposición Nacional, en la Facultad de Derecho, en la Facultad de Humanidades, como anticipos del bronce de la estatua. Digámoslo en forma apotegmática, casi silogística: La República demuestra que le admira; admirar es comprender; comprender es igualar. Vivamos la dignificante ilusión de ser sus iguales en la devoción del estudio y del arte y tengamos, como querían los griegos, el don de agradecer.

ARIOSTO D. GONZALEZ

III. EN LA EXPOSICION PEDRO FIGARI

Discurso del Presidente de la Comisión Nacional de Homenaje

La Comisión Nacional de Homenaje al doctor Pedro Figari, creada por el Gobierno de la República para conmemorar su nacimiento, ha considerado que el acto de mayor significación que podría rendirse a su memoria era el de entregar a la admiración de su pueblo esa inteligente selección de obras pictóricas que ha preparado la Comisión Nacional de Bellas Artes, organizadora de la exposición que se inaugura esta tarde.

Este gran artista fue un hombre inquieto, múltiple y profundo. Amó el arte, las letras, el derecho, la política, la filosofía, la enseñanza. Fue en el curso de su vida jurista, legislador, poeta, dramaturgo, ensayista, maestro, conductor de intelectuales, confidente de artistas, penalista y pintor. En el ejercicio de casi todas esas actividades dejó un sello inequívoco de su personalidad. Se distinguió especialmente en el foro, por sus magistrales defensas y sus estudios y proyectos relativos a la materia penal y carcelaria en los que se revelara un inspirado intérprete de las orientaciones de la escuela positiva italiana. Conquistó particular renombre en el exterior como en-

sayista de auténtico valor porque supo ser original a pesar de la innegable gravitación que tuvo en su mente el materialismo científico de fines del siglo pasado. Escribió significativas obras literarias —dramas, cuentos, narraciones— que motivaron elogiosos comentarios de la crítica, que siempre destacó el fino espíritu del escritor y se detuvo, a veces, a señalar su chispeante ironía anatólica. Es también recordado con frecuencia por la inteligente dirección que imprimió a la enseñanza industrial del país haciendo que la artesanía, sin perder su carácter utilitario y práctico, tomara un sentido artístico que contribuyera a embellecer la vida cotidiana.

Pero no abrigo la menor duda de que tan altos méritos no hubieran bastado para señalarlo como un hombre de excepción ya que antes y después de él surgieron también, muchos juristas vigorosos, dramaturgos eminentes, muy inspirados poetas, filósofos de gran profundidad y estadistas de amplia y clara visión. Es recién en el pintor que se descubre la inmensa genialidad de su espíritu superior.

Mas este Figari pintor no es, como generalmente se cree, una personalidad nueva e independiente que recién surge en el otoño de la existencia sino que es la suma de sus personalidades anteriores. Es la culminación de una vida. En el pintor Figari convergen todas las fuerzas de ese ser adiestrado en la observación, en la penetración, en la síntesis. Esto explica que sus cuadros tengan hondura. La pintura suya no se detiene en detalles externos, fisonómicos o ambientales, sino que descubre con milagrosa maestría el alma de los seres y de las cosas.

Este Figari, el gran Figari, pudo perderse para siempre en el ejercicio de la actividad profesional o en el desempeño de los cargos públicos. Fué gracias a su intransigencia de un momento que el arte recuperó una vida que se alejaba para siempre y la rescató en el momento exacto de su madurez mental y de su más perfecto dominio técnico. Figari había develado el secreto de su destino. Desde ese instante este hombre se transfigura por completo y, magnetizado por la pasión de su arte, deja ciudad, amigos, intereses, posiciones. Va directamente hacia su destino, sin sentir los halagos ni las preocupaciones de la vida.

El triunfo no fue fácil. La primera exposición en Buenos Aires fue recibida con amable frialdad. Había una inmensa incompreensión. Se escribieron, es cierto, algunas notas de cálido elogio pero la mayoría de los comentarios oponían prudentes reservas a su pintura. En verdad nadie se convencía de que tan distinguido abogado pudiera presentar sino ensayos desprovistos de un gran interés. En las exposiciones siguientes de Montevideo y Buenos Aires el ambiente cambió ya de manera fundamental. Con todo, no hay duda que fue recién después de su consagración en Francia que se alcanzó a comprender la verdadera significación de este artista.

El éxito obtenido en París había sido, en efecto, instantáneo y sin precedentes. Louis Vauxelles lo ha narrado en estos términos: «He aquí un artista del que ignorábamos su obra y su nombre en la mañana del 5 de Noviembre. En la tarde del mismo día, cuando todos los que en nuestra capital se interesan por la pintura desfilaron por los salones de la Galería Druet, el nombre de Figari tomó ante nuestros ojos y nuestro espíritu su verdadero significado, aún antes de haber terminado el «vernissage». Aficionados, críticos, pintores y «marchand de tableaux» habían visto el «Candombe» o el «Pericón bajo los naranjos» y una misma idea nos unía. Nuestra opinión estaba hecha: el pintor Figari era de los nuestros. Lo amábamos y estábamos dispuestos a consagrarle elogiosos artículos». Y confirmando la exactitud de dicha impresión, Emile Henriot decía poco después desde «L'Europe Nouvelle»: «Pedro Figari era un desconocido en París hasta hace ocho días. Desde entonces es ya célebre en el mundo de los amateurs».

Este acontecimiento extraordinario no fue un éxito transitorio causado por el sorpresivo deslumbramiento de un arte nuevo. Por lo contrario las posteriores exposiciones de 1925 y 1927 permitieron que esa afinada y solvente crítica francesa ratificara sus anteriores juicios sobre el altísimo valor de su pintura.

Acogido de esa suerte, Figari quedó en París porque su ambiente, propicio para la respiración del pensamiento y del arte, lo estimuló de una manera admirable. Es así como se dedica por completo a la realización de su obra.

Figari tenía una increíble capacidad de trabajo. La tuvo siempre en el curso de sus agitadas luchas por la justicia, el derecho, la educación y el arte. Pero con el transcurso de los años creció aún su vigor. Aquel hombre de barba encanecida y rala parecía de acero. Su cuerpo se mantenía musculoso y fuerte pero su espíritu era aún más fuerte que su cuerpo. Horas y horas, del alba a la noche escribía, pintaba, pensaba, discurría, volvía a pintar. ¿Es que no tenía necesidad de descansar? El trabajo descansa, decía Ernesto Renan. Sí, es cierto, yo siempre lo he creído así: el trabajo descansa, rejuvenece, pero sólo para quien lo hace con vocación, con recogimiento, con entusiasmo. Y este pintor trabajaba siempre con pasión porque lo animaba la gracia de la creación artística y lo inspiraba el genio de un pueblo. De su alma, como de una impetuosa surgente, brotaba continuamente un mundo de imágenes, de pensamientos, de colores deslumbrantes, de deliciosos recuerdos. No tenía propiamente un lugar de labor, lo hacía principalmente en el caballete colocado junto a la ventana o en la mesa iluminada por la luz de la lámpara, pero también en la calle, en el café, en el restaurant, en el parque, escribía, anotaba, hacía rápidos esbozos. De sus bolsillos repletos de papeles salían entremezclados dibujos, cartas, esquemas y facturas semiborro-

neadas, con croquis y anotaciones marginales donde se leía: celeste, amarillo, rojo, azul... De este modo fijaba transitoriamente las imágenes que se le aparecían durante el diario deambular. Era como si aquella brumosa atmósfera de París precipitara la cristalización de sus recuerdos nativos. La luz del día no apagaba nunca en él las estrellas de la noche. La realidad y el ensueño se habían unido de la mano.

Nadie puede extrañarse que un artista de esa enjundia haya realizado en pocos años tan inmensa obra pictórica. Es que su alma vivía en un perpetuo estado de gravidez. Conforme pasaban los meses, en el curso siempre renovado de las estaciones, nuevos cartones iban sucediendo uno a uno a los cartones que ya habían recibido los toques maestros de su pincel. Pero rara vez consideraba definitiva una obra suya. Su imaginación era torrentosa más su labor era paciente, tesonera y humilde. Gustaba siempre, rever lo pintado. Rara vez le satisfacía un primer trabajo: volvía sobre él, lo examinaba, lo depuraba, lo rehacía. Se cuenta que a veces, al ver un cuadro suyo en casa de algún amigo le pedía se lo mandara a su «atelier» para retocar un cielo umbrío, una desvencijada diligencia o un cortejo de negros galerudos. De esta suerte fue saliendo de su paleta, sin impaciencias ni vanidades, todo un mundo fresco, original, que tiene a veces la inocente gracia del niño dormido y otras, la angustiada soledad de los desamparados.

Viéndolo trabajar, Figari parecía invencible. No lo doblegaba la pobreza, no lo mordía la envidia, no lo debilitaba la vejez. Las reservas de ciertos críticos no aminoraron su fe. En cierto momento el dolor fue tan hondo —cuando la muerte de su hijo y confidente de arte— que sus pinceles llegaron a secarse. Pero su espíritu indomable venció el dolor y espoleado por el sufrimiento su arte resurgió más rico y profundo.

Yo tengo para mí que este ciclope ha podido realizar su obra gigantesca, remontando la corriente del tiempo, porque el genio de la raza lo hizo intérprete de una época y de un pueblo. Y esa misión no la ha cumplido sólo por el carácter regionalista de sus temas. Otros plásticos, antes que él, han pintado gauchos, pulperías, estancias, rincones de pueblos y escenas de negros. Mas esos cuadros eran visiones europeas de la vida americana. Con Figari todo cambia, porque su composición, su técnica y su colorido son la íntima expresión de los motivos que trata. El ha vivido las esperanzas y las tristezas de la patria y por eso en su alma vibran las resonancias del terruño. Sus cuadros narran la epopeya de un pueblo porque él ha oído el rumor de los campos, ha sentido la soledad de los pueblos, ha escuchado con lágrimas las confidencias de los desheredados, ha palpado la ruda nobleza del paisanaje, ha comprendido el significado ritual de las danzas totémicas de los negros del Plata, ha sonreído recordando el em-

paque de ciertos personajes de los viejos salones. Por eso su pintura ha nacido con él y ha desaparecido con él. Figari fue un solitario en el arte.

No han faltado, por supuesto, quienes hayan buscado precedencias o semejanzas a su técnica, a su color, al sentido intimista de su pintura. Pero para mí han perdido el tiempo porque rara vez un artista ha sido más plenamente original. «Figari no debe nada a nadie» ha dicho con admiración Georges Pillement. «Figari sólo se parece a sí mismo» ha afirmado con asombro Louis Hourticq.

El arte de este pintor es ideal pero verdadero. Su pintura sólo traduce evocaciones y recuerdos pero los presenta dotados de una extraña realidad. Los personajes figareños, se mueven con vida a pesar de ser seres de ensueño y de leyenda. Esta misteriosa unión, tan suya, de la vida y la poesía nos ha dado cuadros deliciosos en que nos sorprende, al mismo tiempo que por el colorido admirable, por la profunda emoción que nos trasmite. Yo admiro sobre todo, la extraña nostalgia que surge de sus campos abiertos, de sus ombúes solitarios, de sus cielos anubarrados, de la tropilla que vuelve a la estancia, de las casonas celestes o rosadas, de los adioses bajo esas lunas pálidas que ni llegan al zenit ni dan luz ni sombra sobre los campos y ciudades.

Pero esta obra que tanto queremos ¿perdurará a través del tiempo? Abrigo esa profunda convicción, porque su pintura es esencial a pesar de su riqueza y primitiva a pesar de su maestría. Responde así, en cierta medida a un arte al mismo tiempo sabio y popular, inspirado en las raíces profundas de la nacionalidad y depurado al refractarse en el alma de un ser de excepción. «El artista siente con la multitud y dice como el maestro» ha expresado Rodin. Yo encuentro la ratificación de que en la obra de que en la obra de Figari se han reunido ambas condiciones cuando percibo la silenciosa admiración de su pueblo y el cálido elogio de sus artistas.

Recién pasados los setenta años empieza a sentir Figari los primeros achaques de una gloriosa senectud. Su cerebro conserva aún una admirable vivacidad pero su voluntad se ha ido debilitando, sus jornadas de trabajo son más breves y su misma imaginación creadora ha perdido algo de su frescura inicial. Y desde su regreso a Montevideo su producción pictórica e intelectual cesa casi por completo. Pasa horas enteras en la quietud, el ensueño, la meditación. Siente una inmensa necesidad de afecto.

Figari es entonces, todo serenidad. Discurre pero no discute ya. El apasionado contradictor de antes ha dado paso a un espíritu amable, fino, ligeramente irónico. Gusta de la conversación de los amigos pero oye con más interés y sus intervenciones se hacen más espaciadas. En estos meses finales rara vez pone un cartón nuevo sobre

su caballete. Prefiere retocar sus cuadros anteriores con algunos breves y seguros toques.

Es hacia principios de Mayo de 1938 que, de vuelta a su casa, pintó su último cuadro. Es un cielo. Sólo un cielo. Apenas si en la parte baja del paisaje se vé una línea de campo que delimita el infinito azul. Parece como si su espíritu hubiera dejado de interesarse por los rumores, ajeteos y sufrimientos de la tierra.

Después, nunca más tomó los pinceles y en la mañana del 24 de Julio de 1938 emprendió el camino de la inmortalidad.

Este hombre extraordinario fue en el curso de su existencia un doble triunfador. Venció primero en las nobles y difíciles luchas del derecho, de la justicia, del pensamiento y de la enseñanza. Venció más tarde, en forma deslumbrante, en la gesta por la creación de un arte nuevo y americano, logrando la más alta consagración a que puede aspirar un pintor. Es cierto que esas luchas fueron duras. Pero incomprendido unas veces, negado otras, combatido casi siempre, Figari triunfó por su vigorosa energía y su admirable inspiración. Y más feliz que muchos eminentes plásticos del mundo alcanzó a ver, hacia el final de su vida, el pleno reconocimiento de sus méritos excepcionales. Sin embargo, su gloria ha alcanzado recién ahora proporciones universales y su fama se ha hecho más viva aún que en su vida misma.

En nombre del Gobierno de la República, la Comisión que presido entrega hoy al estudio y a la contemplación pública este conjunto de obras maestras, la mayor parte de las cuales, por formar parte de colecciones particulares, se exhiben por primera vez para avivar el interés por el arte y aumentar la admiración que por el artista siente ya este pueblo suyo que tanto amó.

ARTURO LERENA ACEVEDO
